

límite á tributar sentido recuerdo á los que, á costa de su sangre, rechazaron aquella pirática agresión y humillaron al coloso de los mares.

Pero cumplido este deber de justicia y de patriotismo, digo que ni el contraalmirante Nelson ni mucho menos Inglaterra deben responder en primer término ante la Historia de esos acontecimientos. De la sangre vertida en San Vicente, en Cádiz, en Puerto Rico, en Tenerife, en Trafalgar es responsable, ante todo, la monarquía patrimonial, que ora subordina los más altos destinos de los pueblos al interés dinástico, ora los entrega á la liviandad de una mujer y á la impericia ó á las ambiciones de un valido. Obra fué del encumbramiento de Godoy, cuyo origen no precisa explicar, el pacto de San Ildefonso. Sin esa alianza, aún más funesta y mucho menos lógica que el *Pacto de familia*, el gran error de Carlos III, no nos hubiéramos empeñado en aquella lucha con Inglaterra, que tan cara hubo de costarnos al fin.

No conviene cerrar los ojos sobre los errores de los hombres públicos, ni menos disculpar sus crímenes; pero al propio tiempo hay que maldecir de instituciones bajo las cuales es posible... lo que España soportó en los aciagos días del predestinado Carlos IV.

Madrid, Julio de 1897.

Miguel Vellalba
J. Hervás

EL GENERAL GUTIÉRREZ

Á TENERIFE

(ECOS DE ULTRA-TUMBA)

A través de los años más hermoso
llega hasta mí, pretérito soldado,
tu grito de victoria, pueblo amado,
en las ondas del éter luminoso.

Conmigo están en círculo glorioso

todos tus héroes, y el Bretón osado
que convirtió en sepulcro el mar airado
de cerca nos atisba silencioso...

Contempla el festival que conmemora
el valor de Nivaria y la hidalgía
con altivez de ingenuidad mezclada;
y, tanto el heroísmo le enamora,
que su propia derrota aplaudiría:
¡pero tiene la diestra mutilada!...

José TABARES BARTLETT.

CUADRO DE HONOR



Se ha escrito mucho; se ha hablado en el púlpito y en la tribuna del *Gabinete Instructivo*; se han llenado de macizos párrafos y de renglones desiguales las columnas de los periódicos; se han impreso folletos, cartas y relaciones; se ha festejado, en fin, de mil maneras, el magno suceso á que debe la capital de Canarias llevar en su escudo de armas la cruz de sinople, la roja espada de Santiago, las tres cabezas de negros leones, la isla, los castillos y las áncoras de plata. Todo eso está muy bien; pero nunca, que yo sepa, se han publicado los nombres de los que perdieron la vida en la gloriosa jornada de 1797, regando con su sangre las calles de Santa Cruz.

Don José Monteverde y Molina, gobernador entonces del castillo de San Cristóbal, el mismo que había mandado abrir una tronera nueva en la fortaleza, por donde, en mala hora para Nelson, asomó su boca el cañón *Tigre*, nos ha conservado en la *Relación circunstanciada* que al año siguiente publicó en Madrid, los nombres de los dos bravos oficiales muertos el 25 de Julio: el teniente coronel

Don Juan Bautista de Castro

comandante del Regimiento provincial de la Laguna, que sucumbió en la plazuela de Santo Domingo, delante del convento en que se habían atrincherado los ingleses; y el subteniente del Batallón de Infantería de Canarias

Don Rafael Fernández

atravesado por una bala al desembocar en la calle del Barranquillo, hoy de la Luz. La llamada *carne de cañón* y los paisanos tuvieron la misma suerte de siempre: dos paletadas de tierra y el olvido.

Esto no es extraño, es lo corriente, lo humano. Tal vez no averigüemos jamás quién arrojó la bomba al cañón que ametrallara á Bowen, á Thorpe y á diecinueve soldados británicos, arrancando el brazo derecho «al último, al más grande de los héroes del Océano, de los titanes del mar»; pocos son los que recuerdan que si hubo pan que dar á las tropas durante aquellos días calurosos en que ni el menor soplo